

Programa de Formación Permanente

2017 Revitalización y santidad

3. “Masa cándida”. San Agustín y el culto a los santos





“MASA CÁNDIDA”.
SAN AGUSTÍN Y EL CULTO A LOS SANTOS

I. INTRODUCCIÓN

Hay una página de la vida de san Agustín que suele pasar desapercibida para muchos de los lectores de las *Confesiones*¹. Es un acontecimiento que creo que no ha sido del todo valorado e interpretado dentro del contexto del pensamiento de san Agustín. Se trata del desenlace de la polémica en torno a la basílica Portiana (hoy probablemente la basílica de *San Vittore al Corpo*, en Milán)², que la emperatriz Justina quería dar a los arrianos en la persona de su obispo Auxencio³

¹ Y no solo para ellos, sino también para los biógrafos de san Agustín, incluso para los más acreditados como Peter Brown, quien, en su conocida biografía de san Agustín, pasó por alto este acontecimiento. Cf. P. Brown, *Saint Augustine of Hippo. A Biography*, University of California Press, Berkeley 2000.

² El único dato cierto en torno a la basílica Portiana es el que nos ofrece san Ambrosio en su *ep.* 76 (= Maur. 20), dirigida a su hermana Marcelina, en donde la define como *extramurana*. Otros autores identifican la basílica Portiana con la de *San Vittore al Corpo fuori porta Vercellina* (cf. F. Savio, P. Portaluppi, A. Pica); o bien con San Eustorgio (cf. A. I. Schuster, A. Calderini); San Lorenzo (cf. A. Merisi, A. Montrasio, A. de Capitani). Cf. M. T. Fiorio, *Le Chiese di Milano*, Electa, Milano 2006, 122-129; S. Lancel, *Augustine of Hippo*, SCM Press, London 2002, 79; M. Navoni, *Vita di Sant’Ambrosio scritta per Paolino di Milano*, San Paolo, Milano 2016, 90-91.

³ Cf. *conf.* 9,15. Se trata del obispo Mercurino Auxencio de Durostorum, de tendencia arriana, quien tuvo que dejar su sede en Durostorum (en la región romana de la Mesia inferior, actualmente Silistra, en Bulgaria) por las disposiciones antiarrianas de Teodosio (380) y, hacia el 382, marchó a

para las celebraciones de la Semana Santa del año 386. A dicha cesión se opuso tajantemente san Ambrosio, hasta el punto de no dejar en ningún momento la basílica vacía: tuvo siempre dentro de ella un grupo de fieles católicos que la custodiaba, aunque las tropas del emperador los estuvieran cercando y amenazando desde afuera.

Todo se resolvió finalmente el 3 de abril del 386, día de Viernes Santo, en el que las tropas se retiraron y la corte abandonó las pretensiones de dar la basílica Portiana a los arrianos. Lo que sucedió después lo sabemos por la carta 22 de este insigne obispo, quien había tenido un cierto presagio y presentimiento⁴ de que los restos de los santos mártires Protasio y Gervasio se encontraban frente al atrio de la Iglesia de San Félix y San Nabor. Efectivamente, según el relato de la carta 22, en dicho lugar se hallaron los huesos “llenos de sangre” de ambos mártires insignes⁵. Estos restos estuvieron primero dos días en la basílica Fausta (la actual Iglesia de los santos Vital y Agrícola)⁶. De ahí fueron trasladados procesionalmente hacia la basílica Ambrosiana⁷, donde fueron colocados en el espacio que san Ambrosio había elegido como su propia tumba, debajo de un altar⁸.

Todos estos hechos los conocemos no solo por el relato que hace san Ambrosio en la carta referida, sino también porque el mismo san Agustín, dentro del libro noveno de las *Confesiones*, los refiere de una manera sucinta, ya que su madre,

Milán bajo la protección de la emperatriz Justina, simpatizante de los arrianos. En Milán fue hecho obispo de la comunidad arriana. No obstante, es preciso no confundir a este Mercurino Auxencio con su homónimo Auxencio de Milán, el precedente obispo de esta ciudad, del 355 al 374. Nuestro personaje fue discípulo de Ulfila y es conocido por esta polémica con san Ambrosio en torno a la cuestión de las basílicas. Escribió la carta *De fide uita et obitu Ulfilae*, que se contiene en la *Dissertatio Maximini contra Ambrosium*. Cf. M. Simonetti, “Aussenzio di Durostorum”: A. di Berardino (ed.), *Nuovo Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane*, I, Marietti, Genova-Milano 2006, col. 662.

⁴ En dicha carta, san Ambrosio habla de “*statimque subiit ueluti cuiusdam ardor praesagi*” (*ep.* 22,1: PL 16,1019). San Agustín, por su parte, señala en el libro 9 de las *Confesiones* que dicho lugar le había sido revelado “*per uisum*” (*conf.* 9,16). En el *De ciuitate Dei* dice que el lugar en el que estaban los restos de los mártires le había sido revelado en un sueño: “*Per somnium reuelata reperta sunt*” (*ciu.* 22,8).

⁵ San Ambrosio expresa que lo que encontraron fueron unos huesos completos llenos de sangre (“*ossa omnia integra sanguinis plurimum*”: *ep.* 22,2: PL 16,1020).

⁶ Cf. Ambrosio de Milán, *ep.* 22,2: PL 16,1020.

⁷ Cf. Ambrosio de Milán, *ep.* 22,2: PL 16,1020. La basílica nueva (*basilica noua*) fue construida por los obispos Eustorgio y Dionisio hacia la mitad del siglo IV. Tenía cinco naves y estaba dedicada al Salvador, aunque sería popularmente conocida como “Basílica de santa Tecla”. En esta basílica san Ambrosio construyó un baptisterio octogonal, donde posiblemente fue bautizado san Agustín en la noche de Pascua del año 387. Actualmente quedan vestigios de dicha basílica y baptisterio debajo de la actual basílica de Milán. Cf. M. Mirabella Roberti, “Milano”: A. di Berardino (ed.), *Nuovo Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane*, II, Marietti, Genova-Milano 2006, col. 3275.

⁸ Cf. M. Navoni, *Vita di Sant’Ambrosio di Paolino di Milano*, San Paolo, Milano 2016, 98.

santa Mónica, era una de las personas que defendía pacíficamente y con cantos dicha basílica contra las pretensiones imperiales⁹.

El relato ambrosiano continúa contando que, mientras llevaban los cuerpos de los santos Protasio y Gervasio hacia la basílica nueva de Milán, un conocido ciego de la ciudad, llamado Severo¹⁰, se acercó a los restos de los mártires, pasó un pañuelo por encima de dichas reliquias y, posteriormente, se aplicó el pañuelo a los ojos, recobrando milagrosamente la vista.

San Agustín, que también estaba ahí en esos momentos, fue testigo de este insólito acontecimiento y lo narra en sus *Confesiones*, poniendo de manifiesto los mismos detalles ofrecidos por san Ambrosio así como la milagrosa curación del ciego¹¹.

Esta curación prodigiosa del ciego de Milán es un acontecimiento que queda grabado profundamente en la mente y en el corazón de san Agustín, pues, aunque señale en las *Confesiones* que no sabe cómo de pronto le ha venido a la memoria el recuerdo de este acontecimiento, que él tenía olvidado, su influjo después de la composición de las *Confesiones* es patente en algunas de sus obras¹².

Así pues, estamos ante un hecho que quedará hondamente marcado en su propia vida y pensamiento, de tal manera que el mismo obispo de Hipona hablará de este acontecimiento casi cuarenta años más tarde. Primero cuando escriba el libro XXII del *De ciuitate Dei*. Ahí, al abordar los diversos milagros que han sucedido en la capilla dedicada a san Esteban, recuerda este hecho portentoso del que fue testigo mientras vivía en Milán. Cabe señalar que la narración de este milagro ocupa, dentro del relato del *De ciuitate Dei*, el primer lugar, como un preámbulo o prólogo a todos los milagros que narrará posteriormente como respuesta apologética a quienes proclamaban que en la Iglesia de su tiempo ya no se producían milagros iguales que los acontecidos en los albores de la Iglesia:

⁹ Cf. *conf.* 9,15; S. Lancel, *Augustine of Hippo...* 80.

¹⁰ Cf. Ambrosio de Milán, *ep.* 22,17: PL 16,1024. En este mismo lugar san Ambrosio nos informa que era carnicero (*lanius ministerio*) y que había dejado su oficio una vez que se quedó sin vista. Señala también que son muchos los que dan testimonio de que Severo efectivamente se había quedado ciego, y de que había recuperado la vista milagrosamente pasando un paño por las reliquias de los dos mártires Gervasio y Protasio. Sabemos también de la curación del ciego y de su nombre por la *Vita Ambrosii* escrita por Paulino de Milán: “Caecus etiam, Severus nomine, qui nunc usque in eadem basilica quae dicitur Ambrosiana, in quam martyrum corpora sunt translata, religiose servit, ubi vestem martyrum adtingit, statim lumen recepit” (Paulino de Milán, *Vita Ambrosii* 14,1: M. Navoni, *Vita di Sant’Ambrosio...* 96-98).

¹¹ Cf. *conf.* 9,16.

¹² Se trata de un acontecimiento verdaderamente grande y, aunque en las *Confesiones* san Agustín se asombre de cómo lo pudo haber olvidado y cómo había llegado de pronto a su mente este recuerdo (“Unde et quo duxisti recordationem meam, ut haec etiam confiterer tibi, quae magna oblitus praeterieram?": *conf.* 9,16), se trata de un acontecimiento que, por lo menos a partir de este momento, marcará su pensamiento y su vida, como señalamos después.

Tuvo lugar en Milán, estando yo allí, el milagro de la curación de un ciego, que pudo llegar al conocimiento de muchos por ser la ciudad tan grande, corte del emperador, y por haber tenido como testigo un inmenso gentío que se agolpaba ante los cuerpos de los mártires Gervasio y Protasio. Estaban ocultos estos cuerpos y casi ignorados; fueron descubiertos al serle revelado en sueños al obispo Ambrosio. Allí vio la luz aquel ciego, disipadas las anteriores tinieblas¹³.

Un segundo relato de estos acontecimientos, y también narrado unas cuatro décadas después, lo encontramos en las *Retractationes*. Aquí, al revisar su obra *De uera religione*, aclara que es preciso matizar la frase en la que declaraba que Dios no había querido prolongar los signos visibles de su actuación por medio de los milagros, para hacer que la fe de los fieles se basara en los elementos invisibles propios de la misma. Señala que los hechos milagrosos y portentosos no terminaron en la edad apostólica y en los comienzos de la Iglesia, sino que se prolongaban hasta nuestros días, indicando a continuación cómo él mismo había sido testigo de la curación del ciego de Milán:

(...) ni hasta ahora, los enfermos se curan al pasar la sombra de los predicadores de Cristo; y está claro que entonces se hicieron aquellos prodigios que han cesado después. Pero no ha de entenderse lo que he dicho de tal manera que ahora se crea que ya no se hacen más milagros en el nombre de Cristo. Pues yo mismo conocí que un ciego fue curado en la misma ciudad de Milán ante los cuerpos de los mártires milaneses. Y otros muchos en calidad y número son realizados en nuestros días, tales, que ni podemos conocer todos ni contar los que conocemos¹⁴.

Un tercer relato de la curación de Severo, el ciego de Milán, lo tenemos por estos mismos años, hacia el 426-429, en el sermón 286, predicado en Cartago¹⁵. Aquí san Agustín no solo refiere lo que ya sabemos sobre la forma en la que sucedió la curación de dicho ciego, sino también informa sobre otras dos noticias de gran interés. En primer lugar aduce que, después de su curación, el ciego hizo voto de quedarse a servir (*relinquimus seruientem*)¹⁶ en la basílica en la que habían sido depositados los restos de ambos mártires, muy probablemente para dar testimonio de la gracia recibida. Esta iglesia no fue otra que la basílica Ambrosiana¹⁷ y san Agustín se había alegrado de verlo (*gauisi sumus uidenti*)¹⁸. Una segunda cosa que indica el obispo de Hipona es que era posible que todavía para esas fechas (426-429) dicho ciego aún viviera en Milán (*forte adhuc uiuit*)¹⁹, pues señala que no había tenido noticia de su muerte.

¹³ *ciu.* 22,8,2.

¹⁴ *retr.* 1,13,7.

¹⁵ Cf. J. Anoz, "Cronología de la producción agustiniana": *Augustinus* 47 (2002) 286.

¹⁶ Cf. J. Anoz, "Cronología..." 286.

¹⁷ Esto es lo que señala Paulino de Milán en su *Vita Ambrosii* (cf. Paulino de Milán, *Vita Ambrosii* 14,1: M. Navoni, *Vita di Sant'Ambrogio...* 96-98). No obstante, M. Mirabella comenta que, después de haber estado los restos de los santos Protasio y Gervasio en la *basilica noua*, san Ambrosio los llevó a la basílica de los santos Félix y Nabor para enriquecer dicha basílica con los restos de estos otros dos mártires (cf. M. Mirabella Roberti, "Milano..." 3275).

¹⁸ Cf. J. Anoz, "Cronología..." 286.

¹⁹ Cf. s. 286,5.

La milagrosa curación del ciego Severo, a quien seguramente san Agustín había visto muchas veces por las calles de Milán, deja una profunda huella en su recuerdo y en su corazón y marca su propia comprensión de la santidad, de la intercesión de los santos y del culto debido a ellos.

II. EL CULTO A LOS MÁRTIRES

Como es bien sabido, los primeros santos a los que la piedad popular rindió veneración fueron los mártires²⁰. Klöckner afirma²¹ que, dentro de la tradición del norte de África, será san Cipriano quien comience a deslindar el culto dado a los antepasados del culto rendido a los mártires²² y que será también él quien establezca un calendario litúrgico para la celebración de los mártires²³.

Por otro lado, no hay que olvidar que la geografía del norte de África en tiempo de san Agustín estaba llena de mártires, fruto de las diferentes persecuciones. No obstante, es preciso señalar que no solo hubo mártires católicos, sino también falsos mártires donatistas. Esto se dio particularmente a raíz de las leyes imperiales del 347 y la represión llevada a cabo por los legados Pablo y Macario (347). Estos pseudo-mártires serán venerados por los donatistas y, en ocasiones, presentados como modelos a seguir. Cabe señalar que la distorsión de la idea martirial dentro de los donatistas llegó a tal punto que san Agustín tendrá que afinar su teología para señalar que al mártir no lo hace la muerte violenta en sí misma, sino la causa por la que muere²⁴. Todo ello en vista de los excesos donatistas, particularmente de los fanáticos *circumcelliones*, quienes se arrojaban a los precipicios o ríos²⁵ para ser venerados como mártires; o bien interrumpían fiestas idolátricas y provocaban a los jóvenes paganos para que los mataran y, de este modo, recibir culto como mártires²⁶. En ellos se hacía verdad lo que, con ironía, señalaba san Agustín: “Uiuunt ut latrones, moriuntur ut circumcelliones, honorantur ut martyres” (“Viven como ladrones, mueren como

²⁰ Cf. H. R. Seelinger, “Martiri, Atti dei”: S. Dopp – W. Geerlings, *Dizionario di Letteratura Cristiana Antica*, Urbaniana University Press – Città Nuova, Roma 2006, 585-594.

²¹ Cf. M. Klöckner, “Festa sanctorum et martyrum”: *Augustinus Lexikon*, Schwabe, Basel 1996-2002, 1282 ss.

²² Cf. Cipriano de Cartago, *ep.* 39,3.

²³ Cf. Cipriano de Cartago, *ep.* 12,2,1. Se trata de una lista muy parecida al *Chronographum* del 354, con las *depositiones* de los mártires y de los obispos. En el siglo IV serán muy numerosas las listas de mártires, como el *Martyrologium Hieronymianum* (de fuente africana), o en el siglo VI (ca. 505) el *Kalendarium antiquissimum ecclesiae Carthaginensis*.

²⁴ Cf. s. 306A.

²⁵ Cf. c. *Gaud.* 1,22,25; 1,27,30.

²⁶ Cf. c. *Gaud.* 1,28,32.

circumcelliones y son honrados como mártires”)²⁷. Las *passiones* o relatos de los martirios de dichos pseudo-mártires fueron un género literario importante dentro del donatismo²⁸, y algunas son la expresión de este pensamiento, como la *Passio* de Isaac y Maximiano, escrita por el obispo donatista de Roma Macrobio²⁹.

Por todo ello, actualmente conservamos ciento dos sermones agustinianos dedicados a diversos mártires³⁰. Entre ellos es muy conocida la así llamada *Massa candida*³¹. Prudencio, en el poema *Peristephanon*, señala que tal nombre procede de un numeroso grupo de mártires de Cartago (*massa*) que prefirió ser arrojado a la cal viva (*candida*) antes que ofrecer un sacrificio a los dioses paganos. De este modo, Prudencio juega en su poema con la palabra *candida* referida tanto a la blancura de la cal como al resplandor y blancura de la santidad de los mártires:

Corpora candor habet, candor vehit ad superna mentes./candida massa dehinc dici meruit per omne saeculum (la blancura [esto es: la cal] envuelve los cuerpos, la blancura [de la santidad] transporta las almas a lo alto, por eso “massa candida” merecieron llamarse desde ese momento para siempre)³².

El martirologio romano, siguiendo a san Agustín³³, sitúa el martirio de este numeroso grupo (trescientos mártires) en Útica (a 33 km de Cartago) y bajo la persecución de Valeriano y Galieno (258). Precisa, además, que los mártires prefirieron arrojarse a un horno de cal viva, antes que ofrecer sacrificios a los dioses.

San Agustín, en el s. 306,2, ofrece otra explicación a la palabra *candida*, siguiendo su propia teología sobre el martirio. Según ella, al mártir lo hace, no la pena, sino la causa (*causa enim, non poena facit martyrurum*³⁴); es decir, el morir por amor a Cristo. De este modo señala que, si esta causa (el amor) es cándida (blanca y brillante), lo mismo se puede decir de esta masa de mártires, cuya muerte es resplandeciente y brillante por el amor a Cristo, por el que entregaron sus vidas: “Si la causa es cándida, también la masa es cándida. Se habla de masa en atención a la grande muchedumbre; cándida, en atención al resplandor de la causa”³⁵. También se refiere a ellos en el s. 311,10 y en *en. Ps.* 144,17³⁶. A pesar

²⁷ *ep.* 88,8.

²⁸ Cf. M. A. Tilley, *Donatist Martyr Stories: the Church in Conflict in Roman North Africa*, Liverpool University Press, Liverpool 1996.

²⁹ Cf. Macrobio, *Passio Maximiani et Isaac*, MPL 8, 770D - 771D; DMS 63-75.

³⁰ Una perspectiva general de los sermones agustinianos sobre santos y mártires, con sus posibles fechas y lugares de predicación, la ofrece G. Lapointe, *La célébration des martyrs en Afrique d'après les sermons de Saint Augustin*, Montréal 1972, 73-76.

³¹ Cf. *en. Ps.* 49,9; 144,17; s. 306,2; 311,10.

³² Prudencio, *Peristephanon* XIII, 76.

³³ Cf. s. 311,10; *en. Ps.* 144,17.

³⁴ s. 306A.

³⁵ cf. s. 306,2.

de estos datos, otras fuentes señalan que *massa candida* se refiere al nombre del lugar cercano a Útica donde fueron martirizados³⁷.

Junto con este insigne grupo de mártires, dentro de los *sermones ad populum* de san Agustín, ocupan un lugar particular las mártires de Cartago, Perpetua y Felicidad, a las que dedica cuatro sermones. Tres dentro de la colección ‘clásica’ de los maurinos³⁸ y uno recientemente descubierto (en el año 2008) en los así llamados ‘sermones Erfurt’³⁹.

En segundo lugar, dentro de los sermones dedicados a los mártires, no puede faltar el mártir por excelencia del norte de África, san Cipriano, a quien san Agustín dedica doce sermones: once de ellos en la colección de los maurinos⁴⁰ y uno en la colección de los ‘sermones Erfurt’⁴¹.

San Esteban también tendrá una importancia singular en la vida de san Agustín⁴², pues conservamos doce de los sermones predicados en su honor⁴³. Además sabemos que le dedicó una capilla dentro de la *Basilica Pacis* de Hipona para conservar en ella las reliquias del santo. Se trata de unos restos que Pablo Orosio trajo desde Tierra Santa y en cuyo lugar sucedieron incontables milagros, como relata el mismo Agustín en sus sermones⁴⁴ y en el *De ciuitate Dei*⁴⁵.

Otros mártires que ocupan un lugar importante en el sermulario agustiniano, por mencionar solo tres más, son san Vicente de Zaragoza⁴⁶ y los dos fundamentos apostólicos de la Iglesia, san Pedro⁴⁷ y san Pablo⁴⁸.

³⁶ Un sermón pseudoagustiniano habla de la abundancia de sangre en su martirio, hecho que puede señalar que fueron decapitados (cf. M. G. Mara, “Massa”: A. di Bernardino, *Nuovo Dizionario...* II, cols. 3103-3104).

³⁷ Cf. P. Franchi de Cavalieri, *I martiri della Massa Candida*, ST 9, Città del Vaticano 1902.

³⁸ Cf. ss. 280, 281, 282.

³⁹ Cf. s. *Erfurt* 1 (= s. 282 augm.).

⁴⁰ cf. ss. 309, 310, 311, 312, 313, 313A, 313B, 313C, 313D, 313E, 313F, 313G.

⁴¹ cf. s. *Erfurt* 6 (= s. 313G*).

⁴² Cf. A. A. R. Bastiensen, “Augustin on the Deacon-Preacher-Martyr Stephen”: *Augustiniana* 54 (2004) 123-124; H. R. Dobner, “La cronología de los *sermones ad populum* de san Agustín”: *Augustinus* 45 (2000) 103-108; G. Lapointe, *La celebration...* 50-52; M. Pellegrino, “General Introduction”: J. E. Rotelle, *Sermons I (1-19). On the Old Testament*, New York 1990, 138-163; E. Rebillard, “Sermones”: A. D. Fitzgerald (dir.), *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Monte Carmelo, Burgos 2001, 1199-1221.

⁴³ Cf. A. Dupont, “*Imitatio Christi, imitatio Stephani*. El pensamiento de Agustín sobre el martirio, a partir de los sermones sobre el protomártir Esteban”: *Augustinus* 54 (2009) 143-172.

⁴⁴ Cf. ss. 322, 323, 324.

⁴⁵ Cf. *ciu.* 22,8.

⁴⁶ Cf. ss. 274, 275, 276, 277, 277A ; H. R. Dobner, “La *Passio* de san Vicente de Zaragoza según las prédicas de Agustín en el día de la fiesta”: *Augustinus* 59 (2014) 17-46.

⁴⁷ Cf. ss. 295, 296. Sermones dedicados conjuntamente a san Pedro y san Pablo (cf. ss. 297, 298, 299, 299A, 299B, 299C).

⁴⁸ cf. ss. 278, 279. Sermones dedicados conjuntamente a san Pedro y san Pablo (cf. ss. 297, 298, 299, 299A, 299B, 299C).

III. ELEMENTOS ESPIRITUALES PUESTOS DE MANIFIESTO

Destacaremos en este apartado, los elementos espirituales que san Agustín pone de manifiesto particularmente en los sermones dedicados a las santas Perpetua y Felicidad, san Cipriano y san Esteban. Así, las principales características subrayadas en dichos sermones son, en primer lugar, la importancia de la gracia de Dios⁴⁹, que es la que fortalece al mártir en el momento de la prueba y la que hace que quien entrega su vida por Cristo sea capacitado para ello, por encima de sus fuerzas y de su propia condición.

En este sentido son particularmente significativos los sermones dedicados a las dos populares mártires africanas, Perpetua y Felicidad, cuya *passio* es verdaderamente conmovedora y en donde san Agustín señala que lograron la victoria por encima de su propia condición de mujeres, gracias a que estaban unidas a Cristo:

Estaban bien unidas, repito, a aquel varón de quien les venía su fortaleza para resistir al diablo, de forma que, a pesar de ser mujeres, derribaban al enemigo que, mediante una mujer, había postrado al varón⁵⁰.

Por ello, san Agustín alude a un detalle significativo de la *passio* de Perpetua y Felicidad. La noche anterior a su martirio, Perpetua tuvo un sueño, en el que debía luchar cuerpo a cuerpo con un ‘egipcio horrible’ (*aegyptius foedus*)⁵¹, que no era otro que Satanás. Para la lucha, ambos contendientes fueron despojados de sus vestiduras y así Perpetua, una vez que estuvo sin ropa, se percató de que su cuerpo no era el de una mujer, sino el de un varón (*et expoliata sum, et facta sum masculus*)⁵². El obispo de Hipona aprovecha este detalle para señalar que el mártir se reviste de Cristo, el varón perfecto, para vencer al diablo en la lucha del martirio⁵³, una vez que se ha despojado de las cosas del mundo y del hombre viejo: “Convertida en varón venció al diablo, despojada del mundo y vestida de Cristo” (*in virum conversa diabolum vicit, expoliata saeculo et induta Christo*)⁵⁴.

En los sermones dedicados a san Cipriano, aparece también este elemento junto con una exhortación a la imitación del mártir, que a su vez ha imitado a Cristo. Así, frente a los que quieren imitar a los protagonistas de los espectáculos

⁴⁹ Cf. s. 280,4; C. Straw, “Martirio”: A. D. Fitzgerald (dir.), *Diccionario...* 858-864.

⁵⁰ s. 281,1; cf. 282,2-3; s. Erfurt 1, 2 (= s. 282 augm., 2).

⁵¹ Cf. D. Ruiz Bueno, *Actas de los mártires*, BAC, Madrid 2003, 429.

⁵² Cf. D. Ruiz Bueno, *Actas...* 429. San Agustín, en el *De anima et eius origine*, narra este hecho: “En sueños le pareció a santa Perpetua que, convertida en varón, luchaba con cierto egipcio” (*an. et or.* 4, 26); “la bienaventurada Perpetua narró acerca de sí misma habersele revelado que combatía con el diablo ella, hecha varón, ya que, mediante ese combate, también ella corría hasta [ser] varón perfecto, hasta la medida de la plenitud de Cristo (Ef 4, 13)” (s. 281, 2). Cf. G. Gillette, “Agustín y el significado de las palabras de Perpetua: ‘Y quedé convertida en varón’”: *Augustinus* 48 (2003) 83-93.

⁵³ Cf. s. 281,2.

⁵⁴ s. Erfurt 1,4 (= s. 282 augm., 4).

del mundo, san Agustín invita a la imitación de los mártires, pues ellos han procurado imitar a Cristo. De este modo señala que es preciso ser como san Cipriano, imitar sus virtudes y su fe. Sucintamente lo dice san Agustín:

Nosotros, en la medida en que nuestra mente está sana, deseamos imitar a los mártires, a cuyo espectáculo asistimos (*Nos, quantum in nobis viget sana mens, martyres, quos spectamus, cupimus imitari*)⁵⁵.

Por otro lado, para resaltar el papel que la gracia tiene en la entrega del mártir, san Agustín se fija en que Felicidad da a luz en la cárcel antes de ser martirizada. Durante el alumbramiento, gime por los dolores del parto y los guardias de la cárcel se burlaban de ella, haciéndole ver que, si ella había gemido de dolor por el parto, mucho más habría de sufrir y de gritar cuando se encontrara en la arena y fuera destrozada por las fieras. San Agustín pone en labios de Felicidad una clara profesión de fe. En el parto ella sufría a causa de su condición de heredera de Eva, mientras que, cuando se encuentre en el momento del martirio, iba a recibir la fuerza de Cristo, quien es el que iba a sufrir por ella: “Allí, en cambio, padecerá en lugar mío ese por cuya fe voy a padecer” (*ibi autem pro me ille patietur, pro cuius fide passura sum*)⁵⁶.

San Cipriano, por su parte, recibe también la gracia para poder vencer en el momento del martirio y poder combatir como soldado de Cristo⁵⁷.

Por otro lado, con relación a la gracia que capacita al mártir, como bien señala R. Dodaro⁵⁸, hay una diferencia entre los sermones predicados en honor de los mártires antes del 411 y después de esta fecha, en la que, con una mayor virulencia, da inicio la polémica pelagiana. De este modo, en los sermones predicados después del 411, la gracia es presentada como aquello que capacita al mártir, pero no quitándole el miedo a la muerte, sino más bien acentuando su confianza en Dios y su poder. En los sermones que hemos comentado de las santas Perpetua y Felicidad, no aparece este miedo, por lo que se puede pensar que son sermones anteriores al 411. Dígase lo mismo sobre los sermones dedicados a san Esteban⁵⁹.

Asimismo, el mártir cristiano, a diferencia del héroe pagano⁶⁰, vence, no matando a su adversario, sino entregando la vida; no conservando ileso el cuerpo, sino entregándolo a la muerte por amor: “No conservados los miembros del

⁵⁵ s. 313A,3.

⁵⁶ s. *Erfurt* 1, 5 (= s. 282 augm., 5).

⁵⁷ Cf. s. 313,2.

⁵⁸ Cf. R. Dodaro, “‘Christus iustus’ and Fear of Death in Augustine’s dispute with Pelagius”: A. Zumkeller (ed.), *Signum pietatis. Festgabe für Cornelius Mayer OSA zum 60. Geburtstag*, Würzburg 1989, 356.

⁵⁹ Cf. A. Dupont, “*Imitatio Christi*... 143-172.

⁶⁰ Cf. P. Brown, *The cult of the saints*, SCM Press, Chicago 1981, 5. Cf. Girolamo, *Contra Vigilantium* 4, PL 23, 357 B; *ciu.* 10, 21; L. Swift, “Pagan and Christian Heroes in Augustine’s City of God”: *Augustinianum* 27 (1986) 510.

cuerpo, sino despedazados; no matando, sino muriendo” (*non conservatis sed trucidatis corporis membris nec occidendo sed moriendo triumpharunt*)⁶¹. También, a diferencia de los héroes paganos, el santo mártir no queda divinizado después de haber sufrido el martirio, sino que su oblación hace referencia a Dios. Por ello, como señala el obispo de Hipona al hablar de san Cipriano, no se le levanta en la Iglesia un altar a él como a un dios, sino que, por su martirio, Cipriano se ha convertido en un altar para Dios⁶².

Por otro lado, san Agustín señala que, en el nombre de san Cipriano, se esconde un secreto, pues el mártir se hace pregonero de la gracia de Dios; se convierte en buen olor de Cristo, no solo por su vida, sino también por su muerte. De este modo, vincula el nombre de Cipriano con la palabra latina *cyprus* (*alheña*)⁶³, que aparece en el *Cantar de los cantares*: “*Botrus cypri fratruelis*⁶⁴ *meus*” (Ct 1, 13: *racimo de alheña es mi primo*), señalando, con san Pablo, que el mártir es buen olor de Cristo en todo lugar (cf. 2Cor 2, 15)⁶⁵.

También san Agustín aprovecha que el nombre de Esteban significa ‘corona’ para señalar que, en su martirio, san Esteban fue coronado por Dios con la vida eterna, premio y corona de todos los mártires⁶⁶.

En el caso de los nombres de Perpetua y Felicidad, ambas mártires representan el premio eterno hacia el cual se encamina –no solo el mártir, sino también todo cristiano⁶⁷, pues todos aspiramos a llegar a la perpetua felicidad⁶⁸– y que una sin la otra no tienen sentido, pues una vida perpetua, si no es feliz, carece de atractivo; y lo mismo una felicidad que no sea perpetua, no es una felicidad verdadera⁶⁹.

Por otro lado, san Cipriano, pese a haber muerto decapitado, no se alejó de quien era realmente su cabeza, Cristo. Ese ilustre testigo del Señor ha actuado de manera similar a las serpientes, que prefieren que se les corte cualquier parte del cuerpo antes de perder la propia cabeza. En el *sermón Erfurt 6* aparece el sentido eclesial del martirio: los mártires genuinos son los que no han perdido su cabeza, Jesucristo, cabeza de la Iglesia, por lo que el verdadero martirio se vive solo dentro de ella. Esta semejanza de Cipriano con las serpientes la presenta Agustín relacionando Mt 10,16 y 1Co 11,3:

⁶¹ s. *Erfurt* 1, 3 (= s. 282 augm., 3).

⁶² s. 313A, 5.

⁶³ Cf. s. 312,3; 313 C,2.

⁶⁴ La versión de la Vulgata señala, en lugar de *fratruelis*, *dilectus*. La versión agustiniana, como es común en los libros del Antiguo Testamento, está más cerca del texto de los LXX, que usa en este texto la palabra *adelphidós*. La Vulgata está más cerca del texto masorético que usa en este paso la palabra *dodi*.

⁶⁵ Cf. s. 312,3; 313 C,2.

⁶⁶ Cf. s. 314,2.

⁶⁷ Cf. s. 280,1; 281,3.

⁶⁸ Cf. s. 282,1.

⁶⁹ Cf. s. *Erfurt* 1,1 (= s. 282 augm., 1).

Mantuvo la simplicidad de la paloma y la astucia de la serpiente: gracias a la simplicidad de la paloma, a nadie dañó; gracias a la astucia de la serpiente, la cabeza propia custodió. Cuando se mata a las serpientes, exponen en vez de la cabeza todos los anillos de los miembros, y con gran afán conservan eso gracias a lo que viven⁷⁰. ¿Cómo conservó la cabeza san Cipriano? La cabeza del marido es Cristo; conservó, pues, la cabeza cuando, expuesto su cuerpo a los perseguidores, no negó a Cristo⁷¹.

La idea de que el mártir vive un proceso de identificación con Cristo llegando hasta la muerte violenta, es puesto de manifiesto de manera singular en los sermones dedicados a san Esteban⁷², ya que las palabras mismas que pronuncia este, según Hechos de los Apóstoles (cf. Hch 7,60), son similares a las de Jesús en la cruz, en donde el Salvador pide al Padre que no les tome en cuenta su pecado (cf. Lc 23,34)⁷³; y, por otro lado, llegado el final, encomienda su espíritu a las manos de Dios (cf. Lc 23, 46), elementos que hace de igual modo san Esteban⁷⁴.

Y no puede faltar, al hablar de este martirio, la figura de san Pablo para señalar cómo el ejemplo y la oración de san Esteban acabaron por convertir al perseguidor implacable en un predicador incasable del evangelio⁷⁵, pues, como había dicho Tertuliano⁷⁶, la sangre de los mártires es semilla de cristianos o, como señala paralelamente san Agustín: “Y fue derramada sangre inocente en aquella sangre, como semilla esparcida por todo el mundo, de cuya cosecha surgió la Iglesia”⁷⁷.

⁷⁰ “Ambrosio, *Psal.* 37, 8, suponía conocida la conducta de la serpiente y la utilizaba como analogía de la forma de vida del creyente, la cual lleva a la resurrección; Jerónimo, *Psal.* 139, 19, la utilizaba para ilustrar el comportamiento de los herejes” (Schiller, Weber, Weidmann: “Sechs neue Augustinuspredigten”: *WSt* 121 (2008) 276, n. 100). “Quienes resistiendo combaten en pro de las cosas temporales... fíjense en qué hace la serpiente, cómo, para custodiar eso en que percibe que tiene ella la vida, a los golpes de quienes la hieren opone, en vez de la cabeza, los anillos de su cuerpo; cómo, para que el perseguidor no hiera su cabeza, desprecia lo demás con que es larga. Si, pues, quieres imitar la astucia de la serpiente, custodia tu cabeza... A este precepto del Señor que aconsejaba que fuesen astutos *como las serpientes* (Mt 10,16), los mártires se atuvieron de forma que, cuando se mandaba decapitarlos, entonces no creyeron que perdían la cabeza, sino que, cortada la cabeza de carne, guardaron íntegra la cabeza, Cristo” (s. 64 A, 2.3).

⁷¹ s. *Erfurt* 6,1 (= s. 313 G,1).

⁷² Cf. A. A. R. Bastiaensen, “Augustin on Stephen”; C. Mayer, “‘Attende Stephanum conservum tuum’ (s. 317, 3). Sinn und Wert der Märtyrerverehrung nach den Stephenpredigten Augustins”: A. A. R. Bastiaensen – A. Hilhorst – C. H. Kneepkens (eds.), *Fructus centesimus. Mélanges offerts à Gerard J. M. Bartelink à l'occasion de son soixante-cinquième anniversaire*, Steenbrugge/Dordrecht 1989, 217-237. Mayer, completado por Bastiaensen, hace referencia a las innovaciones agustinianas acerca de Esteban, comparando los sermones agustinianos con los textos en los que aparece san Esteban en otros escritores patrísticos como Tertuliano, san Cipriano, san Hilario de Poitiers y san Ambrosio.

⁷³ Cf. J. Lafitte, “Pardon des offenses et amour des ennemies dans les ‘sermones’ de saint Augustin”: *Anthropotes* 16 (2000) 69-103.

⁷⁴ Cf. s. 316,3; 317,5; 319,4.

⁷⁵ Cf. s. 316,4; 317,4.

⁷⁶ Cf. Tertuliano, *Apologeticus* 50: “*Semen est sanguis christianorum*” (PL 1, 603).

⁷⁷ *en. Ps.* 39,1.

IV. ALGUNOS EXCESOS EN LAS FIESTAS DE LOS MÁRTIRES

En la Iglesia del norte de África, dentro de las celebraciones litúrgicas en honor a los mártires, era costumbre que las lecturas de la Sagrada Escritura fueran sustituidas por la lectura de la *passio*⁷⁸ del mártir en cuestión⁷⁹. No obstante, con el paso de los años y el mismo influjo de san Agustín, se conseguirá que se dé el lugar que le corresponde a la palabra de Dios y que no sea sustituida por la lectura de la *passio* del mártir, en vista de la importancia que tiene la Sagrada Escritura⁸⁰. Así lo encontramos ya mandado en los cánones del *Breiviculum Hipponensis*⁸¹, es decir, las actas del Concilio de Hipona del año 393⁸². El mismo san Agustín señala esta importancia al decir a sus fieles que la Palabra de Dios es preciso tratarla como lo que es, y no compararla con las palabras de los hombres o con los relatos del martirio de los santos: “Tengamos la Escritura como Escritura, como a Dios que habla; no busquemos allí al hombre que yerra (...)”⁸³. El concilio de Cartago del año 397 reiterará la misma idea⁸⁴. No obstante, cabe señalar que, a pesar de los mandatos de los concilios locales, hará falta una larga labor pastoral para, paulatinamente, ir suprimiendo esta costumbre y hacer que el lugar central de la liturgia de la palabra, dentro de la celebración eucarística, particularmente en las fiestas de los mártires, lo ocupe la Palabra de Dios.

Un segundo abuso que tendrá que corregir san Agustín será el de los banquetes rituales que se hacían sobre la tumba de los mártires en el día de su fiesta. Se trata, como explica M. Klöckner⁸⁵, de una costumbre que tiene su punto de partida en

⁷⁸ La *passio* era el relato del proceso y del martirio del santo en cuestión. Si eran más breves o un resumen de las *Passiones*, se las llamaba *martyria* (cf. H. R. Seelinger, “Martiri... 585).

⁷⁹ Cf. s. 280,1; 309,1; 313 A,3; 313 E,5.

⁸⁰ Cf. F. Cross, “History and Fictions in the African Canons”: *JTS* 12 (1961) 229.

⁸¹ El *Breiviculum* tiene una curiosa historia detrás, ya que fue escrito por el obispo Aurelio de Cartago y los obispos de la provincia africana de Byzacena cuatro años después del Concilio de Hipona. Se escribió porque los obispos de la Byzacena llegaron a Cartago quince días antes del inicio concilio del año 393 y tenían que regresar antes del comienzo del III Concilio de Cartago (el Concilio comenzó curiosamente el 28 de agosto del 393) y, como no querían volver con las manos vacías, escribieron este documento que ha quedado como un valioso testimonio de lo tratado en dicho concilio del 393 y que sirvió de ‘presentación en sociedad’ de san Agustín, ya que, durante el concilio, explicó el Credo delante de los obispos, quienes le pidieron que lo pusiera por escrito para poder ellos leer dicha explicación a sus propios fieles. Este fue el origen de la obra agustiniana *De fide et Symbolo*. Hay un hermoso cuadro de Carle van Loo, conservado en la Église de Notre Dame des Victoires en París, que representa este momento del Concilio de Hipona del 393 (cf. F. Cross, “History... 230).

⁸² Cf. C. Munier – H. J. Sieben, “Concilium (concilia)”: *Augustinus Lexikon* 1 (1986-94) 1087.

⁸³ s. *Dolbeau* 10,15.

⁸⁴ “Dahingehen präzisiert dass die Verlesung dieser in Nordafrika verbreiten oft weitschweifig und erbaulich im Sinne exemplarischer Verwicklung christlichen Lebens ausgeschmückten Texte nur am jährlichen Festtag der betreffenden Heiligen zugelassen wird” (M. Klöckner, “Festa sanctorum... 1285).

⁸⁵ Cf. M. Klöckner, “Festa sanctorum... 1281.

los *refrigerium*⁸⁶. Esto mismo señala V. Saxer⁸⁷, quien sostiene que el culto a los mártires estuvo vinculado al culto a los muertos en la cristiandad. Y así, como era clásico hacer el *refrigerium*, del mismo modo se acudía a la Iglesia para honrar a los santos con un banquete ritual.

Es sabido que era costumbre de algunas Iglesias, entre ellas la del norte de África, que, llegado el día de la fiesta de un determinado mártir, los devotos fueran al lugar en el que se encontraba su sepulcro y bebieran y comieran (e incluso bailaran)⁸⁸ junto a la tumba del mártir. Se trata de una costumbre que tenía una vertiente piadosa y devota, que podemos ver encarnada en la persona de santa Mónica dentro de las *Confesiones*. Aquí san Agustín nos informa, no solo de la costumbre que tenía su madre, sino también de cómo el obispo de Milán había prohibido dicha costumbre y cómo la misma santa Mónica, acatando las órdenes de san Ambrosio, había dejado dicha práctica ritual⁸⁹.

Por otro lado, esta costumbre tenía su vertiente poco religiosa y más pagana o libertina. Es lo que podemos ver reflejado en la *ep.* 29 de san Agustín, en la que narra a su amigo Alipio cómo pudo finalmente abolir dicha mala costumbre en la comunidad eclesial de Hipona. De este modo, san Agustín cuenta cómo se llevaba a cabo dentro de la Basílica Leontiana⁹⁰ la así llamada fiesta de la *Laetitia*⁹¹. Llegado el 4 de mayo, día en que se conmemoraba la *depositio* o sepultura de san Leoncio, un antiguo obispo de Hipona⁹² que había edificado la basílica que llevaba su propio nombre, los fieles acudían a dicho lugar para comer y beber con el santo. Mas, lejos de tratarse de un culto auténtico al santo, dicha fiesta no era sino un pretexto para los excesos dionisiacos y para la borrachera (*uinulentiae*)⁹³.

⁸⁶ El *refrigerium* era el banquete ritual que se hacía en las tumbas de los familiares difuntos el día del aniversario de su deceso para ‘refrescar’ su memoria. De este modo los paganos celebraban las *Parentalia* (13 al 21 de febrero) para aplacar las almas de los antepasados (cf. Ovidio, *Fast.* II, 533). Los cristianos lo transformarán en la comida ritual llevada a cabo en las tumbas de los mártires. Cf. J. F. Rubio Navarro, “Refrigerium”: A. di Berardino (ed.), *Nuovo Dizionario...* III, col. 4478.

⁸⁷ Cf. V. Saxer – S. Heid, “Martirio”: A. di Berardino (ed.), *Nuovo Dizionario...* II, col. 3078

⁸⁸ Cf. s. 311,5.

⁸⁹ Cf. *conf.* 6,2.

⁹⁰ Sobre esta basílica, cf. O. Perler, “L’église principal et les autres sanctuaires chrétiens d’Hipone-la-Royal d’après les textes de Saint Augustin”: *REAug* 1 (1955) 307ss.

⁹¹ Cf. *ep.* 29,2: “*Laetitiam nominantes*”.

⁹² Algunos presentan a san Leoncio como mártir. No obstante, como bien señala Klöcker, la información que tenemos sobre él es que murió en tiempo de Diocleciano, pero no se señala explícitamente que fuera mártir (cf. M. Klöckner, “Festa sanctorum... 1291). De esta opinión es también O. Perler, quien indica que era costumbre celebrar las fiestas de aquellos santos que, aunque no habían sido mártires, habían sido confesores. De hecho, san Agustín nunca lo menciona como mártir, como en cambio sí hace con otros obispos de Hipona como Teógenes, Fidencio u otros mártires populares que tenían su propia *memoria* en Hipona, como los ocho mártires (cf. O. Perler, “L’église principal... 301).

⁹³ Cf. *ep.* 29,2.

Es más, dentro de la carta 29, la descripción de tal celebración brinda lo que podríamos llamar la ‘semántica de la embriaguez’, pues nos ofrece un abanico completo lexicológico referente al abuso del alcohol⁹⁴. Por ello san Agustín califica a quienes se oponían a la supresión de dicha costumbre de comer y beber en la tumba de los mártires de ‘glotones y borrachos’ (*turbis epulantium ebriorumque*)⁹⁵. Aun con todo, en esa ocasión, que podemos remontar al año 394, la intervención de san Agustín fue exitosa y definitiva y pudo suprimir dicha mala costumbre de las Iglesias de su propia diócesis.

Lo mismo sucedía en Cartago en la tumba de san Cipriano, en donde no solo se comía y bebía, sino que también se bailaba e incluso se cantaban canciones obscenas la víspera de su fiesta. Hasta que el obispo Aurelio de Cartago puso orden y convirtió dicha vigilia y fiesta en un momento de oración y de alabanza a Dios⁹⁶.

V. LA CAPILLA DEDICADA A SAN ESTEBAN

Los restos de Esteban fueron descubiertos por Luciano, presbítero de Caphargamala, en diciembre de 415⁹⁷. La ubicación del cuerpo de Esteban se le reveló en un sueño⁹⁸. El 26 de diciembre del 415, el obispo Juan llevó las reliquias de san Esteban a la Iglesia de San Sión, en Jerusalén⁹⁹. Muy pronto estas se

⁹⁴ *uinolentia* (cf. *ep.* 29,2,10); *ebriosa conuiuia* (cf. *ep.* 29,3); *inebriatos* (cf. *ep.* 29,4); *ebrios* (cf. *ep.* 29,5); *in poculis* (cf. *ep.* 29,11).

⁹⁵ *ep.* 29,6.

⁹⁶ “¿Es que hay que bailar en este lugar, aunque haya que cantar el salmo? Tiempo atrás, hace no muchos años, la insolencia de los bailarines había penetrado incluso en este lugar. Hasta en este mismo lugar donde yace el cuerpo de mártir tan santo, como recuerdan muchos de una cierta edad; tan santo lugar, repito, se vio invadido por la pestilencia e insolencia de los bailarines. Durante la noche entera se cantaban aquí cosas nefandas y, al compás de las canciones, se bailaba. Mas cuando plugo al Señor, sirviéndose de mi santo hermano, vuestro obispo, desde el momento en que comenzaron a celebrarse aquí las santas vigiliass, aquella peste que había ofrecido una cierta resistencia, luego cedió ante su celo y se avergonzó ante su sabiduría” (s. 311, 5).

⁹⁷ Cf. Luciano, *Epistola Luciani Ad omnem ecclesiam, de revelatione corporis Stephani martyris primi et aliorum*, PL 41, 807. Cf. V. SAXER, “Stefano protomartire”: A. di Berardino (ed.), *Nuovo Dizionario...* III, col. 5125.

⁹⁸ Según narra en su relato, el presbítero Luciano dormía en el baptisterio de la Iglesia para custodiar los objetos sagrados de la misma, y aquí se le apareció Gamaliel, quien lo despertó tocándole con una vara de oro y llamándole tres veces por su nombre (*aurea uirga pulsauit me, ter uocans nomine meo*). Posteriormente le reveló el lugar en el que estaba sepultado su cuerpo, el de su hijo Abibas, el de san Esteban y Nicodemo (*Ipse etiam domnus Nicodemus*). Cf. Luciano, *ep.* PL 41, 809.

⁹⁹ Cf. Luciano, PL 41, 813. Ya en el martirologio de Siria se celebraba la fiesta de san Esteban el 26 de diciembre. De aquí pasó al *Mart. hier.* y al *Calendarium Carth.* Cf. V. SAXER, “Stefano protomartire... col. 5125.

dispersaron por todo el mundo. Orosio¹⁰⁰, amigo y discípulo de san Agustín, que se encontraba en aquellos momentos en Tierra Santa, obtuvo algunas reliquias y las llevó a Menorca (Mahón)¹⁰¹, Uzala e Hipona. Al llegar las reliquias de san Esteban a Hipona en el 424¹⁰², san Agustín probablemente predicó el s. 317¹⁰³. Poco después, con la ayuda de Heraclio, el presbítero de más edad del *clerus* de Hipona y sucesor suyo¹⁰⁴, edificó una capilla (*memoria*) en honor a san Esteban¹⁰⁵. Aunque no se sabe con exactitud el lugar en el que se encontraba dicha *memoria*, se puede suponer que estaba próxima a la Basílica de la Paz y que posiblemente se podía acceder a ella desde la misma basílica¹⁰⁶. Es muy posible que dicha capilla

¹⁰⁰ Sacerdote español, de quien tenemos una primera noticia en el 414, cuando, siendo todavía joven, entra en contacto con san Agustín. El 415 viajó a Tierra Santa, en donde se encontró con san Jerónimo y se vio involucrado, por su imprudencia, en la polémica pelagiana, pues posiblemente el traductor griego de su escrito en latín se equivocó al momento de traducir y, en el juicio contra Pelagio en Jerusalén en julio del 415, él mismo fue acusado de hereje, ya que, según decía el obispo Juan de Jerusalén, que presidía la reunión, había sostenido que, incluso con la ayuda de Dios, el hombre no podía estar sin pecado. Para defenderse escribirá el *Liber apologeticus contra Pelagianos*. Fue él quien llevó las reliquias de san Esteban desde Tierra Santa a Menorca, causando la conversión de numerosos judíos y, posteriormente, a Uzala e Hipona. Es conocido por el documento que dirige a san Agustín para informarle de las herejías que hay en la Península Ibérica y pedirle que las refute. Se trata del *Commonitorium de errore Priscillianistarum et Origenistarum*. No obstante, es sobre todo conocido por su obra *Historiarum aduersus paganos libri VII*, considerada como la historia universal cristiana más antigua. Cf. F. Paschoud, "Orosio": A. di Berardino (ed.), *Nuovo Dizionario...* III, col. 3688-3689.

¹⁰¹ Las reliquias las enviaba Avito, un presbítero originario de Braga, a su propia diócesis y a su obispo Palconius ("Misi uobis per sanctum filium et compresbyterum meum Orosium reliquias de corpore beati Stephani": *Epistola Auiti ad Palchonium*, PL 41, 806-807). Pablo Orosio no pudo llegar a la Península Ibérica a causa de la invasión de los vándalos y godos, y se vio obligado a dejar las reliquias de san Esteban en Menorca, concretamente en Mahón, en espera de que vinieran tiempos mejores y que las reliquias, junto con la carta del presbítero Avito, pudieran ser enviadas a Braga. El obispo de Menorca, Severus, recibió las reliquias de san Esteban (cf. *Epistola Severi*, PL 41, 823). En este mismo lugar se nos cuenta la conversión de un gran número de judíos por obra de dichas reliquias (cf. *Epistola Severi*, PL 41, 824).

¹⁰² Tal parece que las reliquias de san Esteban se reducían a un poco de polvo o cenizas de su cuerpo, según lo refiere el mismo san Agustín en el s. 317,1: "Exiguus puluis tantum populum congregauit: cinis latet, beneficia patent". Acerca del lugar del relicario de Esteban (*memoria sancti Stephani*) en Hipona, cf. E. Marec, *Monuments chrétiens d'Hippone, ville épiscopale de saint Augustin*, Paris 1958, 163-168, 232; V. Saxer, *Morts, martyrs, reliques en Afrique chétienne aux premiers siècles*, Paris 1980, 179-181.

¹⁰³ La primera parte del sermón parece indicar que se predicó inmediatamente después de la llegada de las reliquias de san Esteban en 424. Esto podría implicar que el s. 317,6 (ed. A. Wilmart) es un extracto de otra homilía. Cf. E. Hill, *Sermons III/9 (306-340A), On the Saints*, New York 1990, 146 n. 1.

¹⁰⁴ Cf. *ep.* 213,1.

¹⁰⁵ Cf. s. 318,1; F. van der Meer, *Agustín, pastor de almas*, Herder, Barcelona 1965, 604-605; V. Saxer, *Morts, martyrs, reliques...* 179-181.

¹⁰⁶ Perler señala un hecho interesante para sostener que dicha *memoria* estaba aneja a la basílica, usando un espacio del *secretarium* de la Basílica de la Paz. Observa que el concilio de Hipona del año 393 se tuvo en el *secretarium* de la basílica de Hipona, mientras que el concilio de Hipona treinta años después, en el 427, se tuvo en la Basílica Leontiana. El motivo del cambio de lugar del concilio puede responder al hecho de que el mismo *secretarium* que había podido albergar a todos

estuviera decorada con unos mosaicos que representaban el martirio de san Esteban¹⁰⁷. Las reliquias se conservaban dentro de un relicario¹⁰⁸ y en la capilla había un altar¹⁰⁹ que quedaba resguardado por una reja (*cancellos*)¹¹⁰. En este lugar sucederán numerosos milagros, como nos narra el mismo obispo de Hipona en el párrafo octavo del libro XXII del *De ciuitate Dei*.

El deseo de muchas diócesis del norte de África de tener alguna reliquia de san Esteban queda puesto de manifiesto en la *ep.* 212, donde san Agustín envía al obispo Quintiliano¹¹¹, por medio de dos mujeres consagradas, Gala y Simpliciola, una reliquia de san Esteban, recomendándole que le tributen la debida veneración, como se ha hecho en Hipona¹¹².

De los muchos milagros que sucedieron en Hipona por intercesión de san Esteban, posiblemente el más llamativo sea el de los hermanos Pablo y Paladia, quienes procedían de Cesarea de Capadocia¹¹³ y, después de haber recorrido varios santuarios –incluso algunos dedicados a san Esteban¹¹⁴, buscando la sanación para el extraño mal que los aquejaba–, alcanzaron finalmente la curación en Hipona, junto a la capilla dedicada a san Esteban. De hecho, los dos hermanos se dirigieron a Hipona, ya que primero Paladia y posteriormente Pablo, tuvieron sendos sueños en los que se les apareció san Agustín, sabiendo por esta señal que debían dirigirse a Hipona¹¹⁵.

los obispos en el año 393 se hubiera visto reducido en dimensiones por la construcción de la *memoria* de san Esteban y que, por ello, en el 427 el concilio se hubiera visto obligado a reunirse en la Basílica Leontiana. Cf. O. Perler, “L’égglise principal... 307.

¹⁰⁷ Cf. s. 316,5.

¹⁰⁸ Cf. s. 317,1.

¹⁰⁹ Cf. s. 318,1.

¹¹⁰ Cf. *ciu.* 22,8,23.

¹¹¹ Se desconoce el nombre de su diócesis.

¹¹² Cf. *ep.* 212,1.

¹¹³ Cf. s. 322; *ciu.* 22,8,22.

¹¹⁴ Habían visitado el santuario de Ancona y el de Uzala, pero no serían curados sino en el de Hipona. Cf. s. 322.

¹¹⁵ Cf. s. 322. M. Dulaey señala, por su parte, que la llegada de las reliquias de san Esteban a Hipona y estos acontecimientos de los sueños y visiones de Pablo y Paladia, marcaron un cambio en la postura de san Agustín frente a los sueños y las visiones. No obstante, ya en las *Confesiones*, cuando habla de la forma en la que san Ambrosio descubrió el lugar de la sepultura de los mártires Gervasio y Protasio, señala que fue por medio de una visión (cf. *conf.* 9,16: *per uisum*), y no como indica el mismo san Ambrosio en su *ep.* 22, por medio de un presentimiento (cf. *ep.* 22,1: PL 16,1019). En el *De ciuitate Dei* dice que el lugar en el que estaban los restos de los mártires le había sido revelado en un sueño: *per somnium revelata reperta sunt* (cf. *ciu.* 22,8). Asimismo santa Mónica es presentada en las *Confesiones* teniendo sueños muy significativos, como el relativo a la regla de madera (cf. *conf.* 3,19) o al hecho de que la nave en la que viajaba a Roma iba a llegar a buen puerto (cf. *conf.* 6,1). Cf. M. Dulaey, *Le rêve dans la vie et la pensée de saint Augustin*, Paris 1973.

Pablo será curado, antes que su hermana, el domingo de Pascua y escribirá, a petición de san Agustín, un interesante *libellus* sobre su curación¹¹⁶. En él podemos conocer muchos detalles de su patria, la causa de la enfermedad, el itinerario que habían seguido y, finalmente, su milagrosa curación, mientras oraba aferrado a las rejas de la capilla de san Esteban.

Después de la curación de Pablo, san Agustín leyó, el martes de Pascua, la relación escrita por el mismo Pablo (*libellus*)¹¹⁷ y, mientras se leía esta relación, dispuso san Agustín que ambos hermanos se colocaran delante del pueblo, para que todos pudieran contemplar el contraste entre Pablo, que estaba ya completamente curado, y Paladia, que seguía temblando de pies a cabeza, todavía aquejada de un terrible mal¹¹⁸.

Una vez concluida la lectura del *libellus*¹¹⁹, ambos hermanos se marcharon. Paladia se fue a orar a la capilla del mártir san Esteban¹²⁰ y fue entonces que sucedió el milagro de su curación. Cuando el pueblo se percató de la curación de Paladia, no podía contener su gozo y alegría, pues la habían visto hacía solo unos momentos temblando de pies a cabeza. De este modo, san Agustín se vio obligado a interrumpir su sermón¹²¹ y a unirse a la acción de gracias de todo el pueblo por la milagrosa curación de Paladia, presentándola de nuevo a todo el pueblo, pero en esta ocasión completamente curada¹²². Al día siguiente, el miércoles de Pascua, volverá a recordar este hecho y terminará el sermón que se había visto obligado a interrumpir el día anterior¹²³.

Esta milagrosa curación de Pablo y de Paladia es probablemente uno de los últimos milagros de los que fue testigo san Agustín en su vida, si no tomamos en cuenta el milagro que nos narra san Posidio en la *Vita Augustini*, en donde la prodigiosa curación de un enfermo se logra por intercesión del mismo san Agustín¹²⁴.

¹¹⁶ Cf. s. 322.

¹¹⁷ Cf. s. 322,1.

¹¹⁸ Cf. *ciu.* 22,8,22.

¹¹⁹ Cf. s. 322.

¹²⁰ Cf. *ciu.* 22,8,22.

¹²¹ Cf. s. 323, 4.

¹²² Cf. *ciu.* 22,8,22.

¹²³ Cf. s. 324.

¹²⁴ Posidio, *Vita Augustini*, 29: “En otra ocasión, un hombre se acercó a su lecho con un enfermo rogándole le impusiera las manos para curarlo. Le respondió que, si tuviera el don de las curaciones, primeramente lo emplearía en su provecho. El hombre añadió que había tenido una visión en sueños y le habían dicho: ‘Vete al obispo Agustín para que te imponga las manos y serás sano’. Al informarse de esto, al punto hizo lo que le pedía, y con la virtud de lo alto restituyó la salud al enfermo”. Se trata del único milagro hecho por intercesión de san Agustín en la *Vita*. Esto hace que la *Vita Augustini* sea un *unicum* entre las *Vitae*, en donde se narran múltiples curaciones y actos milagrosos del protagonista después de la muerte, pero no en vida, como narra san Posidio en este caso.

Ciertamente la experiencia vivida con la curación milagrosa de Pablo y Paladia por intercesión de san Esteban llevaron a san Agustín a matizar las afirmaciones que treinta años antes había hecho en el *De uera religione*¹²⁵ y a afirmar, dentro de las *Retractationes*, que en la actualidad seguían ocurriendo milagros por la intercesión de los santos¹²⁶. Por otro lado, el mismo san Agustín ratifica en sus últimas obras la necesidad de la oración y de la intercesión de los santos, poniendo de manifiesto de una manera clara el misterio de la comunión de los santos, y cómo la corriente de la gracia circula abundantemente dentro del Cuerpo de Cristo, impulsada por la fuerza de la oración sencilla, ferviente y humilde¹²⁷.

VI. ELEMENTOS TEOLÓGICO-PASTORALES

Algunos autores han hablado de un cambio o ‘conversión’ en la forma de pensar de san Agustín con respecto de los santos, de la veneración tributada a los mismos y de los milagros obrados por su intercesión, a partir particularmente de los acontecimientos que sucedieron en la capilla de san Esteban¹²⁸, de un modo singular el innegable milagro de la curación de Pablo y Paladia, pero también los otros muchos milagros narrados con entusiasmo en el apartado octavo del libro XXII del *De ciuitate Dei*. A ello contribuye también, no solo su experiencia personal, sino también la situación de la Iglesia en la que vivía, en la que, después de la Conferencia de Cartago (411), grupos numerosos de donatistas, sobre todo en las grandes ciudades, habían sido obligados a pasarse a las filas católicas. En vista de que la veneración y el culto a los mártires tenía una importancia muy grande dentro de los donatistas, san Agustín, como pastor de almas, a partir este año intentará orientar esta veneración popular dentro de los cauces más ortodoxos y espirituales.

Dichos elementos, que son puestos de manifiesto particularmente en su predicación, han quedado bien retratados en el ensayo clásico, ya citado, de G. Lapointe, quien estudió la celebración litúrgica de los mártires en África basado en los sermones de Agustín. En este apartado comentaremos sus conclusiones aplicándolas a la predicación agustiniana sobre san Esteban. Así pues, en este estudio se ponen de manifiesto tres elementos. En primer lugar, la centralidad de

¹²⁵ Cf. *uera rel.* 47.

¹²⁶ Cf. *retr.* 1,13,7.

¹²⁷ Cf. *perseu.* 53.

¹²⁸ “Ne abbiamo un eccelente esempio in S. Agostino la cui indifferenza iniziale al culto delle reliquie si trasformò, negli ultimi anni della vita, in un proselitismo attivo e indicativo” (V. Saxer – S. Heid, “Martirio... col. 3082). “His attitude towards miracles, for instance, changes noticeably through the dual action of a deepened theological reflection and the factual contribution of St. Stephen’s relics being brought to Africa” (S. Lancel, *Augustine of Hippo...* xvii).

Dios. Los mártires son venerados, pero solo Dios es adorado. Por ello, con relación a san Esteban, san Agustín señala con claridad que los milagros que sucedieron en la capilla dedicada a san Esteban en Hipona fueron obrados por Dios por medio de la intercesión de san Esteban, y no fueron obra del mismo santo diácono, como si este fuera un ser especial o divino¹²⁹.

Asimismo, señala claramente san Agustín que, en la capilla dedicada a san Esteban, no se ha levantado un altar en honor a san Esteban, sino un altar en honor a Dios con las reliquias de san Esteban¹³⁰. De este modo, san Agustín invita a sus fieles a acercarse a san Esteban, y a los demás mártires, como *exempla* de cómo hay que vivir la vida cristiana, pero no para rendirles un culto de adoración.

Un segundo elemento puesto de manifiesto por G. Lapointe es que el martirio de los santos se convierte en un himno de alabanza a Cristo, con el que el mártir se ha configurado; en una invitación a los fieles a imitar al mártir en la propia vida espiritual, configurándose ellos también con Cristo. Por eso señala san Agustín, concretamente con relación a san Esteban, que este mártir hace los milagros en el nombre de Cristo, y no es Cristo el que hace milagros en el nombre de san Esteban¹³¹.

Finalmente, el tercer elemento que san Agustín destaca en sus sermones es su aspecto eclesiológico. Los mártires, como miembros del cuerpo de Cristo, no hacen más que imitar a la Cabeza del cuerpo, al mismo Cristo en su propia pasión, y, por medio de su sangre, como ya había adelantado Tertuliano, crece la Iglesia, dado que su sangre se vuelve semilla de cristianos.

¹²⁹ Cf. s. 316,1; 319,7.

¹³⁰ Cf. s. 318,1.

¹³¹ Cf. s. 319,1.

CONCLUSIÓN

En la última carta que san Agustín envió a su amigo y coepíscopo san Alipio¹³², le narra la conversión de un médico muy importante llamado Dióscoro. Dicho médico insultaba y atacaba duramente a los cristianos (*insultantem christianis faciebat valde sacrilegum*). De pronto su hija, que era el encanto de sus ojos (*filia eius in qua unica acquiescebat*), cayó enferma y, paradójicamente, siendo él un médico de gran prestigio (*archiater*), no la podía curar. Fue entonces cuando Dióscoro hizo la promesa de bautizarse si su hija se curaba. Y su hija sanó de la enfermedad incurable. No obstante, Dióscoro incumplió su promesa y ponía pretextos para ello, hasta que un buen día quedó ciego. Entonces, de nuevo, se arrepintió de no haber cumplido su promesa y volvió a hacer voto de recibir el bautismo. Al momento fue curado.

Una vez que estaba terminando su preparación para el bautismo, surgió una nueva resistencia, pues Dióscoro se negó a recitar de memoria el credo. Otra vez la mano de Dios cayó sobre él, quedando paralizado de todo el cuerpo. Nuevamente Dióscoro se arrepintió y prometió aprender el símbolo de la fe. Entonces fue curado y pudo escribir el símbolo de la fe, ya que había recobrado la movilidad de todos sus miembros, menos de la lengua, con la que había insultado a los cristianos. Y así, mudo, finalmente recibió el bautismo (*non solum christianus, sed etiam fidelis*).

Esta carta agustiniana nos invita a no hacer promesa de vivir la santidad y posteriormente aplazar su cumplimiento. Es preciso colaborar con la gracia, para que el Espíritu Santo acuñe en nosotros la imagen de Cristo cada día con mayor perfección (cf. Ef 3,17). Que el ejemplo de los mártires y de los santos nos anime en nuestro combate cristiano, para despojarnos del hombre viejo (cf. Ef 4,22) y revestirnos del nuevo, lleno de gracia y de verdad (cf. Jn 1,14).

ENRIQUE A. EGUIARTE BENDÍMEZ
Instituto de Agustinología OAR
Instituto Patrístico Agustiniano
 Roma

¹³² Cf. *ep.* 227.



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA